

Construcción cotidiana de las territorialidades vecinales y barriales*

María Gracia Castillo* *

RESUMEN: *Las territorialidades surgidas del uso del espacio barrial presentan cambios y permanencias en las interrelaciones vecinales y barriales, que son manifestaciones de la actividad de la gente común, de su capacidad de inventar formas de hacer y consumir el sistema cultural, que resuelven problemas y dan sentido a sus vidas al margen de organismos normalizadores. La gente elabora códigos particulares que llegan a ser más importantes para sus vidas que los que rigen a la generalidad.*

ABSTRACT: *The appropriation of the territory arisen from the use of the neighborhood space shows changes and permanencies in the local interrelations and are manifestations of common people's «agency», of its capacity to invent forms for doing and consuming the cultural system that solve problems and give sense to its lives further onto institutions that dictate the general norms. People make particular codes that could be more important for theirs lives than those that govern to the generality.*

Este trabajo forma parte de una investigación sobre la vida cotidiana de la gente común en su escenario local, concretamente en Analco, un antiguo barrio de Guadalajara, en el estado de Jalisco. El objetivo es “des-cubrir” el poder que la vida de esas personas tiene en su medio social y el papel de la vida cotidiana como una de las fuerzas motoras de la historia. Los aspectos espaciales, religiosos, vecinales y laborales son indicadores de lo cotidiano. Este artículo abordará algunos aspectos espaciales.

El texto parte de la comprensión de la sociedad como un tejido de personas interdependientes, ligadas entre sí en varios niveles y de diversas maneras y, por tanto, los sujetos y objetos sociales no tienen existencia independiente sino que cada uno denota niveles diferentes, aunque inseparables del mundo humano. Desde esta perspectiva, es posible afirmar que la gente común y su vida cotidiana han desempeñado un papel importante y tienen un lugar en la historia, aunque se hayan ocultado [Elías, 1992:243]. Este planteamiento ayuda a entender “que los grupos sociales ‘inferiores’ y las acciones de sus miembros como ‘agentes’ han afectado al

* Trabajo presentado en el IV Encuentro de Cultura y Ciudades Contemporáneas, celebrado en la ENAH en octubre de 2000.

** Centro INAH-Jalisco

mundo en que viven” y, por tanto, también son importantes sujetos de la historia [Sharpe, 1991:56].

Con base en los postulados de Agnes Heller [1977], Erving Goffman [1981], Michel De Certeau [1996], Marshall Sahlins [1995] y Thompson [1993], la vida cotidiana es considerada como el proceso de reproducción personal y de socialización mediante el cual los individuos y grupos se apropian y ponen en práctica el sistema cultural en el que están insertos. Esta apropiación no se hace de manera automática y, aunque muchas veces inconscientemente, se imprimen particularidades que dependen de los recursos materiales y culturales, así como de la situación social de los grupos o individuos y la época en la que viven.¹

El barrio de Analco fue elegido para observar las experiencias relacionadas con la forma en que sus habitantes han vivido cotidianamente en su entorno inmediato y para vincular los cambios y permanencias provocadas por las transformaciones de los procesos modernizadores del siglo xx.

En la urbe se puede observar que en los viejos barrios —al igual que en algunas colonias populares y de clase media— ocurre un tipo de vida diferente al de otras localidades citadinas —colonias y fraccionamientos de clase media alta y alta— en la que, como menciona Alicia Lindón, los individuos “están dando renovados contenidos a la vida cotidiana metropolitana”. Esta autora concibe que tales fenómenos “son indicadores de procesos de cambio social” en la creencia de que el espacio vivido resulta esencial para comprender microsituaciones cotidianas en las cuales es posible observar los modos de vida metropolitanos” [Lindón, 1999:xxiv].

Aunque en los procesos sociales lo primero que llama la atención son las cosas que cambian, en ocasiones resultan más significativas aquéllas que permanecen, especialmente desde la perspectiva del poder que se esconde en la vida cotidiana y su relación con procesos sociales más amplios. La continuidad histórica en ciertos momentos “requiere más atención que el cambio”, ya que “la tradición es un proceso que solamente está vivo mientras se reproduzca continuamente” [Prins, 1996:175]. Precisamente, debido al reconocimiento de la interacción entre la continuidad y el cambio, Analco ha sido concebido como un barrio ilustrativo, pues es tan antiguo como la ciudad, además, es ejemplo de las particularidades con que los grupos ciudadanos reaccionan frente a los cambios urbano-culturales, así que en su seno se puede observar la presencia de lo viejo y de lo nuevo, lo moderno y lo tradicional. De ahí que ofrece la posibilidad de observar la manera en que la tradición —no considerada no como reminiscencia del pasado sino como un referente social— se actualiza y renueva continuamente, proceso en el cual lo que cambia y lo que

¹ Los autores citados consideran al poder como la capacidad que tienen los sujetos socialmente ubicados de apropiarse de la norma o sistema cultural y emplearla de maneras propias, adecuándola a su situación y requerimientos sociales o a la necesidad de dar sentido a sus vidas.

permanece puede parecer confuso. Analco es representativo de algunos aspectos de la vida cotidiana en los que se manifiesta el poder de la gente común para consumir de una manera diferente o someter a prueba el o los sistemas y normas culturales en los que socialmente se ubican [Sahlins, 1995:10].

Las evidencias para la construcción de esta historia fueron otorgadas por los propios analquenses mediante entrevistas autobiográficas realizadas con el método de la historia oral. Ese tipo de pruebas son especialmente significativas en el conocimiento histórico de lo cotidiano, ya que hacen patentes las permanencias, así como las diferencias genéricas y generacionales dentro de las diversas trayectorias de vida de los individuos. Las versiones de los testigos se confrontan, completan y ubican en el contexto a partir de las evidencias proporcionadas por fuentes oficiales de tipo documental.

Si bien en la forma de vivir la ciudad y el barrio influyen intereses personales, las alternativas sobre cómo vivirlos no se constituyen de forma individual sino que tienen muchas mediaciones tanto de la vida social como familiar. Es decir, intervienen múltiples factores relacionados con el lugar que ocupan los individuos en el hogar, en la localidad y en el trabajo, además, el grado de escolaridad, el género, la edad y el nivel económico y social; asimismo, influyen las normas y valores vigentes en los diferentes ámbitos [*cfr.* Salazar, 1997].

Ahora bien, uno de los aspectos que distinguen a los barrios de otras localidades urbanas es la existencia de referentes locales comunes, ya sean espaciales (templos, jardines, mercados, etcétera), tradicionales (fiestas religiosas o laicas) o de costumbres (redes de comunicación y solidaridad), donde hay relaciones vecinales de diferente intensidad. Los vecinos de estos viejos barrios se enfrentan continuamente con las transformaciones provocadas por el crecimiento ciudadano en su entorno inmediato y, consecuentemente, en sus costumbres cotidianas. Las obras y actividades demandadas por el crecimiento urbano alteran no sólo la fisonomía del lugar sino también sus referentes y las relaciones sociales, las formas de vida, las actividades económicas, productivas, religiosas, de esparcimiento y también sus recorridos.

A pesar de ello, el arraigo en estos barrios es más fuerte que en otras partes de la ciudad, pues ese proceso de enfrentamiento o aceptación de los cambios que los vecinos viven conjuntamente fortalece sus formas de relacionarse, sus normas y códigos de comunicación consuetudinarios y su vinculación con el espacio. Estas características de los barrios, así como la presencia de rasgos del mundo rural y el hecho de ser habitados generalmente por gente de escasos y medianos recursos, favorece —en la medida que la estructura urbana y sus relaciones lo posibiliten— que su espacio mantenga cierto carácter multifuncional, en el cual sus habitantes puedan encontrar muchos de los satisfactores materiales e intangibles que necesitan.

En estos barrios tradicionales, como en muchas colonias populares más recientes, se encuentran tiendas de abarrotes dispersas y uno o dos mercados, farmacias, pequeños hospitales o clínicas, tiendas de ropa, fondas, cenadurías, panaderías; talleres eléctricos, mecánicos y de reparación de calzado; cerrajerías, fontanerías, algunos lugares de esparcimiento, cantinas y generalmente una o dos iglesias. Así, en el entorno inmediato, a la vez que se encuentran la mayoría de los satisfactores de las necesidades más comunes, vemos que su espacio tiene una variedad de usos y funciones. Esta característica repercute en el fortalecimiento del arraigo y de las redes de comunicación y en la significación y valor referencial del espacio, pues la gente no tiene o no siente necesidad de salir de su entorno.²

A partir de los planteamientos de Suzanne Keller [1975] y L. Lomnitz [1993] y las características particulares de Analco —donde predominan los niveles económicos medios y bajos— se deduce que en esa localidad el vecino es definido como aquella persona cercana en el espacio,³ con quien se tienen intercambios estrechos y continuos, de quien se espera ayuda —desde lo elemental hasta los consejos— quien participa en una red de comunicaciones locales y puede o no involucrarse en organizaciones o grupos vecinales —civiles, religiosos, políticos o sociales—.

Cabe aclarar que debido a la extensión y el número de pobladores de Analco, no todos sus habitantes tienen la posibilidad de mantener relaciones vecinales entre sí. En este sentido hay que distinguir las relaciones vecinales de las relaciones barriales; en éstas, “el otro” no necesariamente es cercano en el espacio, por lo que las redes solidarias y de comunicación no son tan intensas pero implican compartir referentes y establecer otro tipo de redes. Además, su espacialidad es más amplia.

TERRITORIOS VECINALES Y BARRIALES

El espacio y sus características físicas son los aspectos que de manera más evidente delimitan y distinguen a un barrio u otra localidad urbana, no sólo por sus características materiales sino también y de manera fundamental por la forma en que sus habitantes lo usan.

Entre 1930 y 1995, el aspecto físico de Analco —su entorno construido— cambió de manera radical. Las transformaciones en el paisaje del barrio afectaron de manera intensa y diversa la vida de los analquenses, pues el espacio, como una de las dimensiones de la vida humana, constituye un referente con el que los individuos interactúan de diversas maneras, en diferentes momentos. Sin embargo, hay algunos

² Entre los tipos que Leach utiliza para clasificar las formas físicas de la ciudad está el de barrio. Considera que sus dimensiones son variables y tienen un alcance “bidimensional, en el que el observador entra ‘en su seno’ mentalmente y son reconocibles como si tuvieran un carácter común que los identifica. Siempre identificables desde el interior, también se les usa para la referencia exterior” [1981:48].

³ La noción del “extraño próximo”, utilizada por Keller, es inadecuada por ser demasiado estática, a fin de cuentas, si las relaciones vecinales son estrechas, el vecino deja de ser extraño.

tipos de recorrido que permanecen y que se relacionan con actividades desarrolladas en las diferentes etapas de la vida de los individuos: recorridos hacia la escuela, el mercado, las iglesias, el trabajo, etcétera.

Armando Silva [1992] acuñó la noción de territorio para referirse al espacio:

donde habitamos con los nuestros, donde el recuerdo del antepasado y la evocación del futuro permiten referenciarlo [...] Nombrar el territorio es asumirlo en una extensión lingüística e imaginaria; en tanto que recorrerlo, pisándolo y marcándolo en una y otra forma, es darle entidad física.

El territorio constituye una unidad donde se encuentran “la extensión geográfica empírica y sus pobladores y costumbres”. Es un espacio diferente de los demás porque se vive, se marca y se recorre, un espacio a partir del cual la gente se reconoce y se puede definir como “yo con mi entorno”. La noción de territorio alude “a una estrategia de comportamiento social o urbano” [Silva, 1992:50]. Por ello, las prácticas territoriales son representativas del poder de la agencia cotidiana de la gente común. Desde esta perspectiva, el concepto de barrio, en el caso específico de este estudio, tendrá otra connotación además de la mencionada, que es la siguiente: partes internas o barrios pequeños a los que los propios analquenses se refieren en sus narraciones y que a diferencia del “barrio grande”, como ellos le llaman, sí tienen que ver con las sendas y referentes menos generalizados.

Si en la dimensión del “barrio grande” se pueden encontrar referencias que permanecen, debido a que en lo físico construido los cambios son menos frecuentes, en la del “barrio chico” se encuentran permanencias quizá más significativas, pues los usos y las prácticas que en ellos se llevan a cabo parecen sustentarse en necesidades individuales y redes solidarias y de comunicación que se resisten a perder su mentalidad barrial y vecinal y adoptar la de otras localidades urbanas. Las perspectivas de género y generacional les darán diferente contenido. Por ejemplo, los límites de Analco están definidos por los cuatro puntos cardinales, en cambio, los bordes establecidos a partir de las actividades diarias de los individuos, a nivel de grupos de edad y en ciertos grupos de género, son más cambiantes, aunque como imagen colectiva esos espacios pueden permanecer inmutables. Es por ello que las transformaciones en la imagen ambiental no se relacionan de manera primordial con los cambios físicos del entorno sino con el tiempo de vida de los individuos, es decir, con los aspectos y actividades que caracterizan las diversas etapas por las que atraviesa la persona.⁴

Por otra parte, debido a la considerable extensión y al número de pobladores de Analco, actualmente es prácticamente imposible que todos se conozcan y relacionen

⁴ En este sentido, puede haber momentos en que haya coincidencias entre ambos tipos de bordes y las imágenes comunes o ambientales.

entre sí —aunque todos los analquenses tengan referentes espaciales y religiosos comunes que los llevan a participar en actividades conjuntas—. Sin embargo, independientemente de la lejanía de residencia de algunos de ellos, la participación común en actividades religiosas lleva a conocer personas que habitan en el mismo barrio, pero que no podrían haberse conocido de otro modo, porque sus casas no son cercanas en el espacio. Cuando esas personas empiezan a compartir sus vidas a partir de actividades que ya no son religiosas, crean entre ellas otro tipo de lazos que también pueden considerarse barriales. Distinto es el caso de las relaciones vecinales, en las que el elemento fundamental es la cercanía de residencia.

Ahora bien, dentro del barrio hay relaciones vecinales que a su vez se podrían dividir en dos tipos: de los más cercanos entre sí —que generalmente abarcan la propia cuadra y tal vez las alledañas— y, por otra parte, las que se entablan con el grupo de personas que vive en un radio cercano y con quienes se comparten rutas y espacios de referencia cercanos.

Cuando doña Luz, la señora Rosa, Corina y en ocasiones doña Concha (algunas de las personas entrevistadas) hablan de “mi barrio”, en la mayoría de las entrevistas se refieren sólo a su cuadra, la cual, según dos de ellas, “es como una gran familia, donde viven gentes que se conocen desde hace mucho tiempo”; se ayudan y acompañan en muchos aspectos de la vida. Los testimonios de cuatro entrevistadas coinciden en que desde la década de los cuarenta hasta mediados de los ochenta en el entorno inmediato —la cuadra y tal vez sus alrededores— la relación con los vecinos fue muy estrecha, especialmente durante la niñez y la edad adulta. Los juegos infantiles en las calles, el cuidado de los niños, los auxilios frecuentes de todo tipo, la conservación o actualización de tradiciones como las posadas o la devoción a la virgen de Guadalupe, los novenarios de los difuntos, la transmisión de saberes que auxilian en el quehacer doméstico o en el ahorro familiar y la comunicación y los chismes de estas actividades fomentan un sentimiento muy estrecho entre los vecinos cercanos.

En tanto, doña Luz y la señora Rosa consideran que ese tipo de territorialidad todavía existe, aunque la segunda deja ver que ha cambiado o se está perdiendo: “había entrado yo a varias casas, pos entrábamos como si fueran de uno, no éramos de la familia pero sí éramos vecinos y antes se comulgaba mucho la buena vecindad”. Doña Concha, quien debido a su edad, a la enfermedad de su marido y a que muchos de los vecinos han muerto, considera que “la buena vecindad” ha decaído, aun cuando mantiene una relación cercana con algunos de los viejos vecinos. Corina, la más joven de las entrevistadas —estudiante de letras y con 22 años de edad— no percibe esa estrecha relación debido a que su rumbo se ha hecho inseguro por la presencia de bandas que vienen de fuera, porque las del barrio y “los borrachitos de por ahí” no la molestan, incluso en ocasiones la defienden. Afirma: “cuando llego a

mi calle, me siento segura, tengo la sensación que ya estoy en mi casa, si alguien trata de molestarme, con que grite, yo sé que mucha gente va a salir". El caso de Graciela Ramírez es diferente, ella no da importancia a la cuadra; desde pequeña acompañó a su mamá en las labores sociales que realizaba en el barrio, así que su relación con Analco ha sido muy amplia. Sin embargo, conoce "vida y milagros" de sus actuales y anteriores vecinos.

Además de las relaciones estrechas que se establecen con los vecinos de la cuadra, hay otras que se forman en el camino a la escuela, al mercado, al templo, al trabajo o en las rutas que diariamente se recorren. La repetición de la ruta hace que se identifiquen y conozcan algunas personas con las que también se establece una relación, menos estrecha que en la cuadra pero significativa debido a su repetición y permanencia. Mientras doña Luz considera que estas relaciones todavía son fuertes, doña Concha no las interpreta, sólo las describe, y la señora Rosa considera que hay cosas que se están acabando:

Recuerdo que la gente ya desde muy temprano, cuando venía [a la escuela] serían las 8 de la mañana... ya todas las señoras... estaban ya barriendo la calle y platicando y a veces se quedaban platicando su buen rato, porque mi papá en ocasiones me decía, como los sábados que no había clase, "sácales una sillita". Y ahora como que hasta esa costumbre se está perdiendo.

Otro tipo de relaciones vecinales y territoriales se establecían en el templo. Corina comenta: "la mayoría de la gente que yo conozco del barrio, no es que yo sea muy sociable, la conocía por medio del templo y la podría identificar más si fuera tan asidua como antes, pero como ya no...". La gente del barrio se conocía y se relacionaba mediante actividades que no eran referentes comunes a todo Analco. Se establecían lazos entre lo vecinal y la amistad.

En la construcción de las territorialidades cotidianas vecinales y barriales influyen tanto los tiempos sociales como el tiempo de vida, pues los recorridos y las actividades cambian conforme la edad, las relaciones y circunstancias de las personas.

Analco es un barrio grande, conformado hoy en día por aproximadamente 140 manzanas y 20 mil habitantes, así como un buen número de establecimientos comerciales y de servicios. Ahí propios y extraños perciben diferencias y aspectos comunes de todo tipo. Los templos de San José y San Sebastián y sus plazas inmediatas, entre otros lugares, y también una historia a la que frecuentemente recurren son los puntos de referencia generales que lo distinguen de otros barrios de la ciudad. Asimismo, internamente tienen referentes particulares; por ejemplo, mientras el señor Escalante hace hincapié en el templo de San José y en el lado norte, la señora Luz pone énfasis en el de San Sebastián y el lado sur; además, aclara que ella es capaz de hablar sobre esa parte y de la gente de no muy altos recursos

económicos. La referencia territorial en este caso se vincula con sectores amplios del barrio.

LA PÉRDIDA DE LÍMITES ENTRE EL ESPACIO PÚBLICO Y PRIVADO

En sus relatos, las entrevistadas mencionan actividades que, de “hecho”, no se comparten más allá de la familia. Son actividades domésticas, tanto las enfocadas al mantenimiento de las condiciones materiales del hogar, como las que implican relaciones familiares. Varias de ellas señalan aspectos que no se comparten con los vecinos ni con amistades: reuniones familiares los fines de semana —en la propia casa y sólo con el núcleo familiar o donde viven los abuelos, si se trata de familia ampliada—, la costumbre de rezar diariamente el rosario o la limpieza de la casa.

Actividades como las mencionadas, de “hecho” son domésticas y privadas, pero no así de “dicho” debido a que se comentan con los amigos y vecinos, contribuyen a crear costumbres que los otros adaptan o rechazan y cuestionan; así se crean visiones grupales de la vida —los acontecimientos que someten a pruebas al modelo cultural y la cultura que se crea a través de las formas de consumir— que, aunque se compartan con los habitantes de otras localidades de la ciudad, pueden ser típicas en el barrio.

La señora Rosa Vizcarra cuenta que su padre no la dejó estudiar medicina porque ése no era asunto de mujeres. Sin embargo, él la encaminó a estudiar corte y confección e inglés —influenciado porque en la casa donde se ubicaba el taller en donde trabajaba como tornero había dos modistas que enviaban sus productos a los Estados Unidos—, a lo que ella accedió de buena gana porque lo debía respetar y obedecer. Así, lo privado de otra casa influyó en la familia Vizcarra. Relatos como éste permiten observar las modificaciones y permanencias que durante el tiempo ocurren en algunos aspectos de la vida cotidiana doméstica, así como otros factores que se entremezclan con ella, tales como el contacto con las experiencias personales de otros individuos.

Por otra parte, en lugares como Analco, lo público vecinal también incide de manera significativa y particular en lo privado e incluso en lo íntimo. Un ejemplo es el caso que comenta Corina acerca de su abuela:

Bueno, su verdadero nombre era Magdalena Flores, pero como fue huérfana, desde chiquita le dijeron que Magdalena era nombre de pecadora, entonces le pusieron Margarita. Fue un lío. Resulta que mis tíos le decían Magdalena y acá para todo mundo, ya después de casada, le decían Margarita, doña Margarita.

Otro ejemplo es lo sucedido entre dos entrevistadas que fueron vecinas: doña Concha y Chela Ramírez, cuyas casas estaban separadas sólo por un muro. Eso les permitía comunicarse fácilmente si estaban en el patio y así lo asienta la primera:

Y la barda [tanto] nos estorbaba que me gritaba: —“¡Doña Concha!”. —“Qué quiere”. —“¿Le encargo mis frijoles? Voy a tal parte”. Se iba Chela y yo abría la puerta, veía los frijoles y todo... incluso cuando Chela estaba trabajando, que vino la Paloma, una de mis hijas que era “muy mamá”, se encargó de la Paloma. Chela se la dejaba, con los bibis y los biberones y las mantillas y allí estaba, ella se encargaba de cuidarla hasta cuando volvía Chela ya se la llevaba... siempre tuvimos muy buena amistad, años y años que duraron aquí al otro lado, como le digo, la barda no era un impedimento para nosotros. Llegaban, me decían esto, lo otro y yo abría la puerta y me metía. Cuando don Pancho se ponía malo: —“Ahí le encargo a mi padre,⁵ Conchita”. —“Sí, ándele, no hay cuidado”. Yo me metía y [le decía]—“Don Pancho ¿qué quiere?”, y vivimos muchos, muchos años muy felices.

En relación con estas conductas domésticas y aspectos de la vida tanto familiar como personal supuestamente privados, algunas investigaciones históricas de género han apuntado que, con el desarrollo del capitalismo y la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, las fronteras entre la vida privada y la pública se han desvanecido [Ramos, 1999]. Este fenómeno se evidencia en los relatos de vida, ya que permiten establecer vínculos entre las diferentes esferas del quehacer cotidiano [Vaca, 1998:159].

Asimismo, hay momentos en que la vida privada y la pública y los espacios domésticos, comunes y públicos se confunden o traslapan: la casa tiene una extensión en la calle y la calle o lo de afuera en ocasiones entra en la casa. La señora Luz cuenta que sus vecinas la frecuentaban en la puerta de su casa para pedirle recetas de comida.

Debido a la extensión y al número de pobladores de Analco, no todos tienen relaciones vecinales entre sí, aunque todos tienen referentes comunes que los llevan a participar en actividades conjuntas, como las religiosas, y a reivindicar su territorio.

Respecto al vecindario y su territorialidad, las entrevistas a las analquenses, así como los testimonios escritos y la información proveniente del archivo parroquial, muestran que en el interior del barrio se pueden distinguir seis diferentes tipos de divisiones espaciales, basadas en las relaciones sociales que se manifiestan en ellas:

1. La del espacio familiar o doméstico, mismo que frecuentemente se comparte, en diferente intensidad con los vecinos.
2. El vecindario cercano, la cuadra, con cuyos habitantes se convive diariamente de manera más estrecha, comentan, comparten, recurren unos a otros y organizan algún tipo de actividades, como los rosarios, los novenarios o las posadas.
3. El vecindario un poco más amplio: las rutas que se siguen diariamente al colegio, al mercado, al trabajo, etcétera, donde las redes de comunicación son más o menos fuertes.

⁵ Se refiere a un tío al que siempre le llamó papá.

4. La relación establecida con base en el conocimiento e identificación en el barrio, aunque no es cercana en el espacio, pero se podría asemejar a la amistad, y otras que se fincan en asuntos comunes o que convocan a todo el barrio, como las que se basan en aspectos religiosos o de diversión y esparcimiento en las plazas o las comedurías, a las que acuden los miembros de los diferentes vecindarios.
5. La división que se establece a partir de los dos templos tradicionales: los que se sienten más apegados a San José y los que prefieren a San Sebastián. Ésta suele permanecer a pesar de los cambios de domicilio.
6. El barrio en su conjunto, en cuya identificación confluyen la delimitación espacial en el conjunto de la ciudad y referentes comunes, principalmente espaciales.

Las distintas territorialidades que genera el uso del espacio barrial permiten observar cambios y permanencias en las relaciones barriales y vecinales, las cuales desempeñan un papel importante en la vida de individuos que habitan comunidades como Analco, ya que conciben al barrio como su territorio.

BIBLIOGRAFÍA

Certeau, Michel de

1996 *La invención de lo cotidiano I. Las artes de hacer*, México, UIA-ITESO.

Elías, Norbert y Eric Dunning

1992 *Ocio y deporte en el proceso de la civilización*, México, FCE, p. 243.

Goffman, Erving

1981 *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.

Heller, Agnes

1977 *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península.

Keller, S.

1975 *El vecindario urbano. Una perspectiva sociológica*, Madrid, Siglo XXI editores.

Leach, E.

1981 *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos*, Madrid, Siglo XXI editores, p. 48.

Lindón Villoria, Alicia

1999 *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El Valle de Chalco*, México, COLMEX-El Colegio Mexiquense, p. XXIV.

Lomnitz, L.

1993 *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI editores.

Prins, Gwyn

1996 "Historia Oral", en Burke, Peter, *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, p.175.

Ramos, Carmen

1999 Seminario sobre "Teorías historiográficas en México: influencias y respuestas. De la búsqueda de la identidad política al encuentro con la identidad cultural", Programa de Doctorado de Ciencias Sociales, CIESAS-Occidente, 19 de noviembre.

Sahlins, Marshall

1995 *Islas de Historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, Barcelona, Gedisa.

Salazar Cruz, Clara Eugenia

1997 "El uso del tiempo libre y las relaciones asimétricas de género y entre generaciones", en *Sociológica*, año 12, núm. 33, enero-abril.

Sharpe, Jim

1991 "Historia desde abajo", en Burke, Peter, *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, p. 56.

Silva, Armando

1992 *Imaginario urbanos*, Colombia, Tercer Mundo Editores, p. 50.

Thompson, J. B.

1993 *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*, México, UAM-X.

Vaca García, Agustín

1998 *Los silencios de la historia: las cristeras*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, p. 159.